

I DOLOR: HECHO ÍNTIMO Y PERSONAL

CARLOS FRANCISCO FERNÁNDEZ R.



"Una historia que liga bajo el mismo cielo"

Los hombres no reaccionan igual frente al dolor. Éste no genera actitudes estables, sino inciertas resistencias o debilidades inesperadas, moduladas según la condición social y la historia personal del que lo experimenta. La anatomía y la fisiología no explican estas variaciones, pues permean contextos culturales.

El dolor es un hecho situacional. Su percepción depende del significado que tiene en el momento en que afecta al individuo. En este sentido, el organismo no es un receptáculo pasivo que registra variaciones impersonales de tipo fisiológico, es un complejo dinámico que armoniza con la forma como el hombre se apropia de su relación con el mundo, de su contexto cultural y de sus valores.

La medicina despersonaliza el dolor involuntaria e implícitamente cuando lo envuelve en los diagnósticos y en la tecnología. Le suprime su humanidad y olvida que dolor y enfermedad no son lo mismo.

La humanidad en todos los tiempos ha comprendido el dolor como un suceso que exige interpretaciones. El dolor no es dolor a secas. Existe la obligación de buscarle sentido. Esta búsqueda puede ser personal, autónoma y satisfactoria, o a nivel de la cultura se homologa con significados ya constituidos.

La cultura ha entregado la explicación del dolor a la medicina. Esto tiene consecuencias que permanecen desprovistas de análisis. Aunque la investigación biomédica ha aumentado los conocimientos en anatomía, fisiología y farmacología, ello no consigue que retrocedan las crecientes oleadas de nuevo dolor.

Hay que entender que el dolor no es una cualidad inherente al entorno, susceptible de ser tomada por un órgano específico. Si bien se puede acompañar de una impresión sensorial como el contacto con un elemento punzante, no es inherente a él. No hay órganos especializados en registrar dolor. El dolor no es una función.

La concepción del dolor como un evento meramente sensorial elimina la dimensión afectiva que tiene como esencia. No hay dolor sin sufrimiento. No hay dolor sin significado afectivo que interprete el desplazamiento de un hecho orgánico a la conciencia y a la moral de quien lo padece. Es una percepción personal que trasciende para cuestionar las relaciones del adolorido con el mundo.

El dolor es una amenaza para la identidad. Induce a la renuncia parcial del ser y a la esencia que cualifica las relaciones sociales. Permite contravenir el control que garantiza el contacto con los demás. Permite gritos, llanto, palabras que rompen reglas de comportamiento cotidiano. Es una posesión que destruye aspectos de respetabilidad, solidez y reputación del individuo, hasta el punto de dictarle su conducta.

El dolor induce una metamorfosis que se proyecta a dimensiones inéditas de la existencia, sobre una metafísica que transforma sus patrones de interacción. El dolor despersonaliza. Evidencia la impotencia y lo efímero del ser humano, incluso si afecta sólo un fragmento del cuerpo. El dolor paraliza el ejercicio de la vida.

El dolor está dentro de las personas sólo si tienen capacidades para percibirlo, sólo si tienen intelecto y emociones para registrar su profundidad, su fuente y sus implicaciones. Al percibirse, el dolor se transforma de simple sensación a complejos sucesos mentales y emocionales. El cuerpo proporciona residencia local al dolor, sin que este sea una sola función de un órgano. Como el llanto, el dolor es un asunto intelectual.

El dolor no permanece fijo, varía según modalidades caprichosas. Es diferente por la acción de variables no entendidas, que se relacionan con el contexto, el momento, un gesto o una medicación. La etnología del dolor no existe. Es imprevisible, incluso cuando es permanente. No se cualifica por una fórmula única. Afecta según las circunstancias. Está en permanente movimiento en el plano de la vida humana.

Cuando el dolor perdura, es como un avance de la muerte. En ocasiones suscita el deseo de morir realmente. Invoca a aceptar el sacrificio de un miembro o la extirpación de un órgano como precio para reencontrar la calma. Entregar una parte de sí para que el dolor se evada, es una manera simbólica de aislar el pedazo de muerte que obstaculiza la vida. Esta negociación se acepta con impaciencia. Es como una ofrenda a la muerte. Es un precio para continuar con vida.

La sensación de dolor, desconocida por las ciencias humanas, es un hecho íntimo y personal que elude toda medida y toda tentativa de aislarlo y describirlo. Con la limitación para informar a otro sobre su intensidad y sus efectos, el dolor es un fracaso del lenguaje. Está reservado para la deliberación íntima del adolorido. Provoca fragmentación en la comunicación y se evidencia con

el grito, la queja, el gemido, el llanto o el silencio, que no son otra cosa que fallas en la palabra y el pensamiento.

El dolor no tiene la retórica de la crisis; no deforma, no tiene la evidencia de la sangre derramada. Exige la confianza en la palabra del enfermo. No se prueba, se siente. Aunque se afirme la intensidad, se sabe por adelantado que nadie lo puede sentir en su lugar y que nadie lo puede compartir. Para comprobar y comprender el dolor de otro es necesario convertirse en el otro. El hombre nunca está tan solo como cuando es presa del dolor. El dolor expresado nunca es el dolor vivido.

Tener un dolor es estar en crisis. Es un estado en el que se experimenta más que incomodidad física. No sólo interrumpe la sensación normal de salud, también genera fisuras en el mundo del doliente, que exigen explicación sobre el significado del tormento y del desorden de su cosmos corporal. Ese significado se busca en la consulta médica. A veces, la respuesta es clara y directa. Un oído infectado, un hueso roto. Un tratamiento con antibióticos o una intervención recobrarán el orden y eliminarán las preguntas.

Si las pruebas y los exámenes no revelan causas orgánicas, las preguntas se multiplican y parecen más urgentes. El significado del dolor no es problema mientras la medicina entregue una explicación tranquilizadora y un alivio mágico.

Los significados del dolor están ligados a la cultura e historia del individuo, que para un extraño son incomprensibles. En *La Ilíada*, los griegos y troyanos sufren heridas que se describen con precisión anatómica:

"Ahora hiere a Ecleclo, hijo de Agenor. Con la guarnecida espada golpeándole la cabeza en el mismo centro. Y toda la espada humeaba de sangre y sobre ambos ojos, cayó la roja muerte y el fuerte destino. Ahora Deucalión es golpeado en el brazo, en un lugar del codo donde los tendones se reúnen. Allí, a través del brazo, Aquiles clava con la lanza de bronce, y él con el brazo colgando pesadamente, esperó y miró a la muerte en la cara. Aquiles le golpeó con el filo de la espada en el cuello y lanzó lejos la cabeza y su yelmo y su médula saltó a borbotones desde el hueso del cuello y él cayó extendido sobre la tierra".

La Ilíada. Libro veinte

Es una épica que elude el acceso a la vida interior de los personajes. Los guerreros de Homero jadean y gimen, pero no sufren dolor. Es un extraño mundo indoloro, donde falta algo crucial. Sólo cumple con el objetivo social de convencer al público masculino de no temer al dolor si se padece por una gran causa. El mundo épico muestra héroes que aceptan su destino con ecuanimidad.

La insensibilidad homérica contrasta con los significados que la humanidad ha descubierto en el dolor, que resultan tan importantes como los trata-

mientos que se aplican para erradicarlo. La relación entre significado y dolor es relevante en la historia de la religión.

"Oh Señor, hazme conciente mediante el dolor que siento, por más enfermo y cubierto de llagas que esté. Porque Señor, la mayor enfermedad es la insensibilidad. Deja que enfrente con fuerza este dolor, para que pueda convertir lo que queda de vida en penitencia que sirva para lavar las ofensas que he cometido".

Blas Pascal

Aquí, el dolor no es algo que se sufre. Es algo que se interpreta como penitencia o contrición, y que fluye del paralelo que une el dolor con los sufrimientos de Cristo. El dolor tiene sentido dentro del esquema que divide el cuerpo pecador del alma inmortal.

De manera indistinta, el dolor tiene impacto moral aun en personas no religiosas. Su presencia no es un acontecimiento neutro. Es percibido como una incisiva imagen del mal. Todo dolor genera sentimientos de injusticia, suscita rebelión, e incluso, su presencia evalúa vínculos con el pasado. Un cuerpo que sufre es un cuerpo en falta, e implora, búsquedas de alivio y de justicia. Pero al igual que los humanos, el dolor no es naturalmente moral, a pesar de los cambios de actitud que provoca, muchas veces no se marcha. Con esto, sólo se aumenta el sufrimiento.

La cultura integra el dolor con sentido y valor para observar su dureza. Así, es un hecho inevitable con el cual hay que relacionarse con base en las normas del vínculo social, sin arriesgar la dignidad cuando se responde a expectativas colectivas. El significado colectivo del dolor impide que el doliente deje de ser el dueño de su enfermedad. Sus resistencias al dolor son congruentes con las resistencias de los demás, que a su vez, son a la medida del grupo social de pertenencia. En otras palabras, toda sociedad legitima el dolor según las circunstancias culturales o físicas que ella misma considera penosas. Las dosis de dolor esperado y las maneras convencionales de responder, se transmiten por grupos semejantes. Cada experiencia está asociada a un límite impreciso de sufrimiento que rechaza los excesos.

El umbral de dolor y la actitud que los humanos adoptan ante su presencia son inherentes a la trama social y cultural. La fisiología no se aísla de este contexto. Está atravesada por simbolismos que permiten al individuo elaborar su propio dolor de la misma forma como elabora un duelo, porque entre el estímulo y lo percibido está la trama de su historia, su pertenencia y su singularidad personal. Como el hambre, el dolor tiene un sustento biológico, pero como ésta, provoca sentimientos, valores y actitudes. Según orientaciones colectivas, el dolor *se actúa* según el medio en que se vive. Hacer del dolor un simple dato médico, impide que se *humanice* y con ello, que se haga conciente. Así, es imposible aliviarlo.

Un dolor que se alivia reinstala al enfermo en el mundo, promueve la reconciliación con una vida mutilada por su presencia. Alejar el dolor es renacer. El dolor es inherente al vivir, porque se opone a la plena alegría de existir. Todo dolor promueve el deseo de vivir con mayor intensidad, la conciencia de existir sin su presencia. Remontar un dolor es una prueba que permite una existencia con plenitud. Una existencia con plenitud exige alivio, y para lograrlo es necesario abrir las mentes de los *aliviadores*.

BIBLIOGRAFÍA

1. Bakan D. *Disease, Pain and Sacrifice*. Chicago: Bacon Press, 1968.
2. Beecher HK. "La Fuerza del Placebo", *JAMA*, Vol. 159, 1955.
3. Brena S. *Pain and Religion: a Psychophysiological Study*, CC Thomas, 1972.
4. Breton D. *Antropología del Cuerpo y Modernidad*, 1999.
5. Morris D. *The Culture of Pain*. UCLA Press, 1991.
6. Homero. *La Ilíada*, XX.
7. Pascal, Blas. *Oración para pedir a Dios por el buen uso de la enfermedad*.
8. Bonica J. *Terapéutica del Dolor*, McGraw Hill, Tercera Edición, 2002.